

Revista Médica Hondureña

Organode'laAsoCíaeiónMédicaHondureña

Director DR.
ANTONIO VIDAL

Redactores:

DR. MANUEL CACERES VIJIL

Dr. CARLOS M. GALVEZ

DR. JUAN A. MEJIA

Secretario:

DR. HUMBERTO DÍAZ

Administrador:

DE. MARTIN A. BULNES B.

Año XVI Tegucigalpa, D. C., Hond., C. A, Mayo y Junio de 1945 | No. 117

Página de la Dirección

La Medicina y los Trópicos

Hace algunas décadas se creía que los trópicos eran parajes del globo muy bellos, pero deegraciadamente inhabitables. Tal apreciación se fundaba en la gran mortalidad de aquellos que prevalidos de su coraje, intentaban su conquista y los cuales generalmente fallecieron víctimas de la fiebre amarilla, fiebre de aguas negras, malaria, amibiasis, etc.

En la actualidad este concepto ha cambiado radicalmente, gracias a los inmensos avances de la Medicina Tropical.

En primer lugar la malaria no es ya un problema irresoluble, desde luego que contamos en primer lugar con la quinina para combatirla, cuyo descubrimiento se remonta a los indios del Perú, los cuales trataban a sus enfermos de paludismo de manera empírica por medio de polvos de la corteza del árbol de la quina. Después, vienen los descubrimientos de los hombres de ciencia europeos y americanos que podríamos sintetizar en la forma siguiente:

El inmortal francés Alfonso Leverán, descubrió en la- ciudad de Constantina el año de 1880 el parásito del paludismo, el cual bautizó con el nombre de ocillaria, maíarie. Luego Ronald Ross, médico del Ejército inglés en la India, demostró que las aseercciones de Manson, respecto a que el zancudo anofel era el trasmisor del paludismo eran ciertas, descubriendo además el cielo sexuado de dicho parásito. Los sabios italianos Grassi y Marchiafava demostraron que las teorías antiguas de las miasmas de los pantanos, como productoras del paludismo eran falsas. El nombre de paludismo viene del latín Palus, pantano y el de malaria, del italiano mal aire, palabras que por sí mismas dan a comprender lo que los antiguos querían significar. En 1820 los químicos franceses Pelletier y Coventou, lograron aislar los alcaloides de la quina y prepararon las diversas sales de quinina que sirven para tratar esta enfermedad. En reconocimiento de su gran valor la Francia agradecida les ha levaneado sendas estatuas de mar-

mol cerca del Observatorio en la ciudad de París. Todavía en el Perú, que yo sepa, no se ha levantado ningún monumento al indio desconocido que descubrió la eficacia de la corteza de la quina para tratar el paludismo.

Hace pocos años los sabios alemanes de la Casa Bayer lanzaron al comercio los productos sintéticos Plasmoquina, Certuna y Atebrina, como substitutos de las sales de quinina, abaratando por consiguiente el tratamiento. Los primeros dos compuestos tienen acción sobre los gametos, es decir, las formas sexuadas del parásito y el último sobre las formas asexuadas. De tal manera que ambos productos se completan en el tratamiento. Los norteamericanos están fabricando actualmente atebrina por millones de tabletas, con la cual el tratamiento se ha abaratado a tal grado que su costo total puede alcanzar unos quince centavos oro. Estos productos deberán tomarse únicamente por prescripción médica.

La Ingeniería Sanitaria resolvió el resto del problema. Famosas son las experiencias a este respecto llevados a cabo por Gorgas y Le Prince en la Zona del Canal de Panamá, cuya constricción fue posible gracias a las obras antimaláricas emprendidas, tales como drenaje, desecación de pantanos, destrucción de zancudos al estado de larvas por medio del petróleo y el Verde de París, etc.¹

En cuanto a la fiebre amarilla esta es otra de las enfermedades en decadencia. Desde las memorables experiencias del genial cubano Charles T. Finlay y la Comisión Americana en Cuba, durante la cual fue probado que esta terrible enfermedad se transmite por medio del zancudo *Aedes Egipiti*, aquella plaga tropical que tantas vidas segó, quedó vencida. Actualmente existe fiebre amarilla en ciertas regiones selváticas de Colombia y Brasil pero el resto del Continente está libre. Además, la fiebre amarilla de las selvas es un poco diferente de la otra, pues es producida por un virus especial llamado «virus selvático», de la fiebre amarilla.

La amibiasis todavía es un problema no resuelto totalmente, no obstante el gran número de drogas recomendadas para su tratamiento. Sin embargo, hay que decir que la amibiasis no es una enfermedad exclusiva de los trópicos, pues ella existe donde quiera que el hombre viva. Es cierto que en los trópicos, que sea debido a ciertas condiciones climáticas y a falta de higiene es más común y grave; pero aquellas personas con cierta educación sanitaria pueden esquivarla fácilmente. Esta enfermedad, de por sí grave problema social, es evitable hasta cierto punto para la mejor clase de gentes.

En cuanto a los parásitos intestinales, éstos son más comunes en los niños y el que vive en los trópicos no debe temerles, máxime que también son ellos, parásitos universales.

Restan otras enfermedades comunes a todas las latitudes, como la tuberculosis, sífilis, gonorrea, etc., y otras que se presentan muy raramente, tales como micosis, pian, ciertas enfermedades de la piel, etc.

Por lo que antecede se comprende muy bien que los trópicos, sino son el paraíso terrenal, en el amplio sentido del vocablo, son paraísos perfectamente habitables, para los extranjeros, gracias a las maravillosas conquistas de la Medicina Tropical y Preventiva,